

modesty, hermana de eva y jacqueline

ALGUN crítico ha dicho a propósito de «Modesty Blaise» que se trata de una concesión del maestro Losey. Conviene precisar, para que nadie se llame a engaño, que de esa supuesta concesión no hay nada: en primer lugar, porque el último film del gran realizador guarda una asombrosa coherencia con sus dos obras precedentes, «The servant» y «King and Country», continuando y profundizando en la línea establecida en esas dos obras maestras. En segundo lugar, porque a lo largo de su carrera, Losey ha tocado en más de una ocasión los temas «ligeros», sobre todo, cuando después de su exilio americano —producido por la persecución maccarthysta— tuvo que firmar varios films de la serie B con pseudónimos.

Resulta extremadamente difícil hablar del cine de Losey en un país en el que sólo se han exhibido dos films del maestro: «La clave del enigma» y «Eva». Ya en su momento, cuando se estrenaron estas dos películas, mi compañero en esta sección, César Santos Fontecha, señalaba precisamente las dificultades que entrañaba analizar unos films que tenían su pleno sentido a partir del conocimiento de la obra anterior del autor. Losey es un realizador de paso, completo, cuyas películas es necesario ver un par de veces como mínimo para entenderlas en su verdadera significación; y esto, conociendo su filmografía al ignorarla, como ocurre desgraciadamente con el espectador español, resulta particularmente complicado enfrentarse con su obra.

Todo esto influye a la hora de comentar «Modesty Blaise», film que está desconcertando al público, a juzgar por las opiniones que se han podido recoger, y también a la crítica, si tenemos en cuenta las juicias que ha emitido en la prensa diaria. Conviene insistir en que «Modesty Blaise» no es una concesión, al menos en el sentido de que Losey haya pretendido «divertirse» después de los experimentos serenos de sus dos obras precedentes. Hay, eso sí, un propósito deliberado de hacer un film más accesible al público, planteando la historia al nivel de las historias populares del tipo de la serie James Bond; incluso la publicidad subraya este sentido, denominando a Modesty Blaise «super agente femenino».

Como es sabido, el personaje central está sacado de un populatismo «comico», ampliamente difundido en el área cultural anglosajona. Losey se ha propuesto, en primer lugar, buscar una equivalencia formal que traduzca la «estética del comic». En este sentido, la planificación —que en Losey suele ser pausada, construida a base de largos movimientos de cámara— es rápida, nerviosa, sintética; los vestidos de la protagonista cambian de color casi a cada plano, como ocurre en los «comics», en los que los personajes tienen un vestido de color distinto en cada viñeta; los diálogos tienen esa directa brutalidad de las bandas dibujadas. Pero todo esto se refiere estrictamente a la parte formal, a ese nivel de Losey por encontrar un medio de comunicación más eficaz con el público, método que no parece dar resultado, al menos con el espectador español.

Presentada en el Festival de Cannes de este año, «Modesty Blaise» fue acogida con excesiva reserva por la crítica internacional. Con Losey ocurre un fenómeno curioso: se tiene hecho un cliché-Losey, al cual se ajustan —o se tienen que ajustar— sus películas. Naturalmente, ese cliché no está promovido por el propio Losey, sino por los pontífices de la crítica. Ya a propósito de «King and Country» se habló del «desviacionismo» de Losey, pretendiendo que había abandonado la «línea» marcada por «The servant». En realidad, con las diferencias de ambientación, escenario e intriga, «King and Country» profundizaba en la temática de dominación-servidumbre que Losey había planteado en «The servant» y en sus films precedentes. Y con «Modesty Blaise» ocurre lo mismo.

«Mis films no son abstractos, en el sentido de que no me ocupo de valores abstractos. Me ocupo de gente concreta, en escenas precisas y, al menos así lo creo, de valores precisos». Son palabras del propio Losey, refiriéndose a la acusación que tantas veces se le ha hecho de que sus films tienen una excesiva carga simbólica. Lo que ocurre es que toda la obra de Losey es completamente ajena a la noción de naturalismo, que algunos críticos pretenden mantener como único método de afrontar la realidad. El cine de Losey es precisamente realista, profundo y severamente crítico. No renuncia al esquematismo o, incluso, al simbolismo si con ellos puede acotar más parcelas de la realidad que quiere examinar. Lo fascinante del cine de este autor es su falta absoluta de prejuicios, la total libertad con que están construidos sus films, recurriendo a todos los procedimientos —que él sabe legitimar— hábiles para interpretar la realidad.

«Modesty Blaise» es un film hermoso, brillante, utilísimo para completar la reduccionista visión que tenemos de Losey en nuestro país. Si el espectador quiere con atención a la proyección puede atravesar, buscar relaciones. En el fondo, Modesty Blaise es hermana gemela de Eva o de la Jacqueline de «La clave del enigma». Así como Terence Stamp guarda estrecha relación con el Stanley Baker de «Eva» o el Hardy Kruger de «La clave del enigma». En cualquier caso, «Modesty Blaise» es una película que merece la pena ver un par de veces.

JESUS GARCIA DE DUENAS

la nueva federación de teatro independiente

EL teatro no profesional español acaba de congregarse en Valladolid. O quizá sería más exacto decir el «teatro no comercial» en el sentido de que eran grupos atentos a considerar el teatro —con mayor o menor rigor, desde uno u otro supuesto— en tanto que expresión cultural, estética e ideológica, y no simple servidumbre a las demandas del grupo burgués que constituye el público.

Esta manifestación se ha desdoblado en dos actividades: un Festival de Teatro Nuevo y un Congreso. Experimentación escénica, de un lado, y diálogo, del otro. Todo dentro de una línea —aunque se haya llamado erróneamente al de Valladolid, «Primer Congreso Nacional de Teatro Nuevo»— que quizá se remonta a las primeras reuniones o Conversaciones de Santander, y pasa después por las universitarias de Murcia y las nacionales de Gijón y Córdoba. Sólo así se explica una convocatoria y un plan que, en sólo cinco sesiones de trabajo, abarcaba tres ponencias, tres comunicaciones más la redacción de las conclusiones del Congreso y de los estatutos de la Asociación o Federación de los Teatros Independientes del país. Tal plan de trabajo sólo era abordable a partir de una serie de su postrar más o menos compartidos y discutidos en las ya señaladas ocasiones anteriores.

Añadamos, en este orden, algunas datos precisos de la primera ponencia se encargó Angel Fernández Santos, que ya estuvo en Córdoba. Se tituló «Situación de los teatros no profesionales», viniendo a ser un análisis riguroso, objetivo, tremendamente exacto, de las condiciones de trabajo y límites de nuestros grupos de cámara. La segunda ponencia, «Aportaciones al anteproyecto de ley del teatro», se entronca perfectamente en esta actitud crítica, sobre todo si pensamos —como yo, modestamente, creo— que este anteproyecto responde a la presión renovadora de las nuevas generaciones y las nuevas circunstancias nacionales. La tercera ponencia: «Federación Nacional de Teatro no Profesional», estaba a cargo de Martínez Borkman, a quien las Conversaciones de Córdoba habían encargado la creación legal de tan importante Asociación.

Este es el primer balance positivo de Valladolid. Las cosas pudieron ir mejor de lo que fueron; pero constituyeron un dato más, un nuevo paso, en ese andar difícil, cada vez menos tímido, y dentro de un espíritu de continuidad, con el que se van arrojando o desajustando las viejas concepciones sobre lo que el teatro es y por qué y para quién se hace.

La semana que viene comentaré los espectáculos presentados. Voy por delante que el tono medio fue más que discreto y, sin duda, muy superior al que venía siendo norma en estas manifestaciones de teatro no profesional español. Entre las representaciones de Valladolid y cualquier certamen nacional de teatro universitario que yo haya visto, media una gran distancia a favor de las primeras. Y si los grupos de cámara no universitarios han ofrecido, excepcionalmente, alguna representación modelo, lo cierto es que nunca nos habíamos encontrado ante una manifestación nacional que arrojas este balance.

Lo que no excluye errores, insuficiencias y contradicciones, de las que hablaremos al enjuiciar el contenido teatral de la semana.

Me interesa ahora detenerme en un punto, quizá crucial, polémicamente evidenciado en el Congreso de Valladolid. Podría englobarse en el término desconfianza. O, quizá, torpeza asociativa. O, en última instancia, con el de esquematismo. El problema es éste: los grupos intrasiguentes, los que se han salvado haciendo la guerra por su cuenta, han de enfrentarse ahora con una situación nueva. Se trata de defender la personalidad y, al mismo tiempo, integrarse en movimientos o asociaciones generales. Se trata de cambiar la pureza y escasa eficacia del guerrillero por la presencia real en un proceso y una acción colectivamente transformadores. Quizá el problema no esté en cambiar, en modificar mínimamente nuestra visión de la sociedad y el teatro, sino en alterar nuestros conceptos de relación. Haber llegado a este Congreso de Valladolid —después de las denuncias y formulaciones contra el de Córdoba, hechas por algún escritor de oficio y ocioso de vocación— muestra ya, a niveles objetivos, estadísticas e irrefutables, que la realidad se va modificando. Se trata de trabajar para que se pongan al máximo todas las posibilidades de mejora encerradas en la actual sociedad española. La Federación —la asociación— de nuestros Teatros Independientes es una manera más de perfeccionar nuestros mecanismos sociales, en el ámbito concreto de la cultura y el teatro.

Si, en el seno de una Asociación, hay criterios distintos, no pasa nada. Lo malo hasta ahora ha estado, precisamente, en que tales discrepancias de terminaban la exclusión de quienes más y con mayor lucidez exigían. Yo creo que a esta nueva Federación, los que más han luchado, los que más han trabajado, deben aportar su ejemplo antes que su desconfianza, a sabiendas de que para hablar y entenderse, para luchar por algunos puntos, no es necesario estar absolutamente de acuerdo en todo.

Menuada y triste Federación iba a ser ésta si naciese con espíritu de división de castas. Quede cada cual en su sitio y todos dentro de un campo encaminado a mejorar y enarcar los niveles del teatro español. A fin de cuentas, ¿qué importa la admiración de unos pocos amigos? Hay que bajar a la plaza, hacer allí lo que se pueda, olvidar un poco nuestro nombre.

JOSE MONLEON